

El significado de la crisis

Hace exactamente dos décadas se asistió al derrumbe estrepitoso de los proyectos del *socialismo realmente existente* de la Unión Soviética y de Europa oriental. Independientemente del significado y, sobre todo, de la valoración histórica de esos proyectos, que por cierto han merecido un intenso debate teórico y político, lo cierto es que ese suceso se inscribió dentro de lo que podría ser considerado como el cierre de un ciclo que representó la derrota de los proyectos políticos de los trabajadores conocidos hasta entonces.

Hacia principios de la década de 1970 se había iniciado el proceso de restauración del poder de clase (dominante) a escala planetaria, quebrantado en su momento por el triunfo de la revolución bolchevique, la revolución china y los procesos de liberación nacional, así como por la implantación del *consenso keynesiano de acumulación*. En su *Breve historia del neoliberalismo*, David Harvey definió magistralmente dicho proceso como un *proceso de neoliberalización*.

El clima intelectual y político que produjo el fin del *socialismo real* no tiene precedentes. La contraofensiva desatada por el capital trascendió las pretensiones de una redistribución regresiva del ingreso a favor de los fondos de acumulación y en desmedro de los fondos de consumo mediante el impulso –entre otros– de un paquete de (contra) reformas estructurales del Estado y de la economía, que conducirían a la precarización planetaria del trabajo y a la extensión y profundización de la lógica capitalista a todos los ámbitos de la vida social y de la naturaleza; se situó también en los campos sociocultural, de la cotidianidad, de la producción de subjetividades.

La síntesis de las nuevas pretensiones del proyecto capitalista encontró su mejor expresión en la tesis sobre el *fin de la historia*, en la fórmula *democracia liberal más libre mercado*, expuesta en su momento por Francis Fukuyama. De esa forma, se anunciaba un largo período de prosperidad capitalista que, además de cerrar cualquier intento de crítica a esa sociedad, a sus formas de organización, a sus instituciones,

tenía la pretensión de liquidar la posibilidad histórica de proyectos emancipatorios por una sociedad alternativa. La evidencia del fracaso yacía justamente entre las ruinas del muro de Berlín, o de frontera de seguridad (*Sicherheitsgrenze*), como se le denominaba en la extinta República Democrática Alemana.

Los cambios en el campo intelectual fueron notorios. Con el *fin de la historia* parecía llegar el fin del intelectual crítico, del intelectual orgánico. Se inauguraría un ciclo de abjuración, de transformismo, de cooptación, de deseo por lograr un nuevo tipo de reconocimiento por parte de las esferas del poder reconstituido. Las teorías críticas, dentro de ellas, el marxismo, fueron declaradas anacrónicas, sin capacidad teórica, metodológica o argumentativa para explicar no solo la debacle del *socialismo real* sino las nuevas configuraciones del capitalismo. Las más variadas expresiones teóricas del liberalismo habrían de copar el campo intelectual. La *nueva radicalidad* resultaría de algunas elaboraciones de la filosofía política, que ponían el acento en la justicia y la ética (lo cual es importante), pero sin cuestionar a fondo los fundamentos de la organización económica y social del capitalismo.

Los reductos del pensamiento crítico tuvieron incluso que moderar el lenguaje, arropar sus categorías de análisis. El pensamiento crítico parecía devenir en pensamiento utópico. De hecho, se hablaba con cierta timidez de *la utopía*, para evitar conceptos en desuso, como *socialismo* o *comunismo*.

Estas breves consideraciones, en la forma de un retrato de época, sin mayores pretensiones, tienen simplemente el propósito de contribuir a una mejor comprensión de la actual coyuntura capitalista. El acontecimiento de la *crisis* y el poder hablar acerca de ella tienen un profundo significado.

En primer lugar, por cuanto la crisis reafirma los fundamentos críticos de la reproducción del capitalismo y muestra –en forma descarnada y violenta– sus límites para ofrecer respuesta a las demandas económicas, políticas, sociales, ambientales y culturales del ser humano; así mismo, desvela su gigantesca capacidad destructora de riqueza material e inmaterial. Dados su carácter y sus alcances geográficos y sectoriales, la actual crisis pone en evidencia que no se trata de una simple disfuncionalidad transitoria –sectorial o geográfica– de los mecanismos de reproducción del sistema. La crisis controvierte en forma certera la posibilidad de una prosperidad capitalista indefinida y liquida con ello la tesis del *fin de la historia*.

En segundo lugar, porque la crisis asesta un rudo golpe a los proyectos político-económicos del capitalismo de las últimas décadas, particularmente al proyecto del neoliberalismo. Aunque en perspectiva histórica no se podría afirmar que la crisis representa el fin de los proyectos neoliberales, sí es evidente que se asiste a su resquebrajamiento. La derrota definitiva de estos proyectos sólo sería posible de mediar una acción política generalizada de los trabajadores, con capacidad para enfrentar sus versiones más ortodoxas, y también aquellas que en la forma del *posneoliberalismo* representan su capacidad adaptativa o de remozamiento.

En tercer lugar, la crisis genera las condiciones para una redefinición del campo intelectual, particularmente en la ciencia económica. Durante las últimas décadas se asistió a un predominio tal de la economía neoclásica (con sus más variadas expresiones políticas e ideológicas), que se logró no sólo imponer la idea del *pensamiento único*, sino extender sus fundamentos teóricos y metodológicos a las demás ciencias sociales, produciendo lo que habría de caracterizarse como el *imperialismo de la economía*. El individualismo metodológico y las teorías de la elección pretendieron liquidar el pensamiento crítico. La crisis inaugura un nuevo ciclo de crítica intelectual y política, estimula el análisis de las configuraciones actuales del capitalismo y reabre con fuerza la discusión sobre las alternativas al capitalismo. Socialismo y comunismo hacen parte –y lo harán con mayor presencia– de los debates teóricos y políticos actuales.

En cuarto lugar, la crisis modifica las condiciones de la producción de subjetividades y ofrece nuevas posibilidades para enfrentar la lógica sociocultural del capitalismo y del neoliberalismo. La crítica al capitalismo transcurrirá desde otro lugar. No desde aquel de la derrota histórica y del consecuente despliegue de las potencialidades plenas del sistema, sino precisamente desde la crisis y de los límites de ese sistema. En ese sentido, son distintas las disposiciones de acotación a la ética individualista, eficientista, meritocrática y de competencia, al *darwinismo social* que el neoliberalismo logró entronizar social y culturalmente, incluso en la vida cotidiana. La crisis contribuye a generar nuevas opciones para la (re)constitución de los sujetos. Anticapitalismo, socialismo y comunismo devienen en posibilidades socioculturales y de la vida cotidiana.

En el caso de América Latina, la crisis puede aportar, *en quinto lugar*, al desenvolvimiento de las potencialidades de crítica al neoliberalismo y de

anticapitalismo, que se desataron incluso con anterioridad a ella, y tienen su expresión en los cambios políticos ocurridos en la región durante la última década. El auge del movimiento social y popular, una renovada constitución del sujeto político, así como el surgimiento de los llamados gobiernos alternativos, son expresión de la intensa dinámica política y sociocultural de la América Latina anterior a la actual crisis capitalista. Los *gobiernos alternativos o progresistas* son una avanzada en la posibilidad de derrota del neoliberalismo, en forma desigual y diferenciada.

En algunos casos, como los de Brasil, Uruguay y Argentina, las pretensiones de transformaciones estructurales están prácticamente ausentes o son muy tímidas; en sentido estricto, se da continuidad, con algunos cambios de énfasis, sobre todo en lo social o en la política sectorial, a las políticas imperantes durante las últimas décadas. Un redespiegue del capitalismo productivo, un *modelo neodesarrollista*, el *posneoliberalismo*, parecieran caracterizar aspectos centrales de la agenda político-económica de estos gobiernos. Desde la perspectiva geopolítica y de las tendencias de la nueva geografía económica mundial y regional, no obstante, su presencia es importante y contribuye a contener las estrategias imperialistas en la región.

En otros casos, como los de Bolivia, Ecuador y Venezuela, con trayectorias históricas y configuraciones distintas del sujeto, se aprecia la voluntad y la decisión política de producir transformaciones estructurales, particularmente aquellas basadas en la modificación de las relaciones de propiedad y de distribución. Las expresiones de antimperialismo y anticapitalismo son evidentes; así mismo, los anuncios de construcción de una nueva sociedad. El ideario socialista busca abrirse paso en medio de las más intensas luchas sociales y de clase. La importancia política, económica y sociocultural de estos gobiernos consiste, entre otros, además de lo que ellas significan para sus propios pueblos, en que su quehacer hace resurgir los debates acerca de los fundamentos de sociedades alternativas, tales como los referidos a la socialización de los medios de producción, el papel del Estado, la posibilidad del socialismo en un solo país (o un grupo de países), la transición, el papel del sujeto político, de la organización política, el lugar de la trayectoria histórica propia. Todo ello obliga a una nueva valoración de las experiencias del pasado, de sus aciertos, así como de las causas que produjeron su derrota. Estos nuevos proyectos, que se unen a la sin igual experiencia cubana, han desatado toda suerte de potencialidades

para repensar el desarrollo sobre presupuestos de soberanía, dignidad, autodeterminación y bienestar de los pueblos; han reabierto la necesidad de superación del capitalismo.

América Latina es también la expresión de cómo la crisis puede representar una continuidad y una reafirmación de las políticas neoliberales y de las estrategias imperialistas diseñadas para la región. Por una parte, es evidente que los países con un mayor nivel de exposición de su economía a la economía capitalista mundial, como México, Chile y Colombia, han sentido con mayor severidad (unos más que otros) los impactos de la crisis. Así mismo, las salidas a la crisis intentadas por ellos se inscriben dentro de una línea de continuidad de las políticas imperantes; incluso, en el caso de Colombia y Perú, se pretende una profundización de tales políticas. El uso capitalista de la crisis consiste precisamente en mostrar que la única forma de superarla consistiría en impulsar reformas aplazadas para darle un nuevo sentido al proceso de *neoliberalización*.

Por otra parte, dado que la crisis también afecta a los *gobiernos alternativos o progresistas*, son notorias, tanto la ofensiva de la derecha latinoamericana por recuperar el terreno perdido, como la de los Estados Unidos por reafirmar su posición hegemónica en la región a través de una política que combina cambios cosméticos (aparentemente menos ideología y más pragmatismo) con una presencia militar sin precedentes al usar el territorio colombiano –con la anuencia *soberana* del gobierno de Uribe– como un *portaviones* desde el cual se podrán realizar operaciones ofensivas contra los países de la región; Venezuela, en primer lugar.

Frente al fracaso de la estrategia de regionalización normativa del neoliberalismo a través del ALCA y los límites presentados por las salidas bilaterales a través de los tratados del libre comercio, que sólo lograron abarcar a muy pocos países de la región, merced justamente a los cambios políticos, todos los esfuerzos del imperialismo y la derecha latinoamericana –en el marco de la crisis– se han concentrado en desprestigiar e impedir los diferentes esfuerzos de *integración alternativa o progresista* que se adelantan en el subcontinente. El proyecto del ALBA es minimizado y reducido a una estrategia de expansión del *chavismo* basada en la riqueza petrolera, y llamado, por ello, a fracasar. En realidad, se trata de un esfuerzo novedoso que supera enfoques economicistas de la integración desde el *libre mercado* y pone el acento en principios

como la solidaridad, la cooperación y la complementariedad. Así mismo, con la mayor presencia militar de Estado Unidos en la región a través de las bases militares en Colombia, se busca liquidar la *Unasur*, incluidos instrumentos de integración como el Consejo Suramericano de Defensa. Dados los cambios políticos en la región, una eventual consolidación de *Unasur* es concebida como una amenaza para los intereses imperialistas en América Latina. De ahí el apoyo a la quinta columna que representa el gobierno de Colombia, principalmente.

En suma, al considerar la trayectoria política de la última década en América Latina, la crisis capitalista desvela el campo de la lucha de clases y muestra con toda la fuerza –como en ninguna otra parte del mundo– los proyectos políticos en juego. Considerando que toda salida de la crisis es esencialmente política, es claro que el marco de la crisis están en juego la continuidad de las políticas neoliberales, la salidas *posneoliberales* y la opciones anticapitalistas y revolucionarias. Hacia dónde se encaminará América Latina dependerá en gran medida de la acción política organizada de los trabajadores a favor del cambio y la transformación social.

El caso colombiano presenta una cierta excepcionalidad en el actual contexto latinoamericano. No obstante, lo que parecen *especificidades* son más bien expresiones de las configuraciones que el capitalismo viene asumiendo en muchos lugares del planeta, a saber: un intenso proceso de *neoliberalización*, claramente inmerso en la producción de una nueva geografía mundial y regional del capital, acompañado de una progresiva militarización de la sociedad y de la vida y sustentado en un creciente autoritarismo, así como en una organización criminal y mafiosa del ejercicio del poder y la dominación. Resulta del mayor interés considerar hasta qué punto la crisis consolida esa tendencia, o en qué medida ella contribuye a redefinir o revertir esa orientación.

En el contexto descrito, y como fruto de un esfuerzo intelectual colectivo, se ha producido el libro *Crisis capitalista. Economía, política y movimiento*. Con las excepciones de los libros publicados por *Ediciones Aurora*, y de algunos trabajos aparecidos en revistas alternativas como *Taller*, *Cepa* y *Deslinde*, o de publicaciones de carácter académico, el estudio de la crisis ha estado prácticamente ausente en el país. Lo que ha primado es la trivialidad y el manejo parcializado de la información a través de los medios de comunicación, presentando la crisis como una sucesión de hechos relativamente anómalos, en proceso de superación, y sin mayor esfuerzo de análisis.

En el campo de la tecnocracia neoliberal, en forma por cierto apresurada, se desdijo de los discursos y de la retórica de las últimas décadas. Frente a la imposibilidad de desconocer la magnitud y los alcances de la crisis, en una actitud a la vez vergonzante, muy rápidamente y sin pudor, habrían de reconocerse las *fallas del mercado* e incluso se leerían en columnas de opinión críticas a la especulación y la voracidad financiera. La mayoría de los neoliberales se pondrían ropajes pseudokeynesianos y abogarían por medidas intervencionistas de Estado. Sus pretensiones eran claras: aceptando la crisis, de lo que se trataba era de copar la discusión sobre sus salidas y predeterminedar –en cierta forma– los lineamientos de la política económica para contribuir a evitar un resquebrajamiento estructural del proyecto político económico construido durante las últimas décadas. Los sectores más ortodoxos, luego de una ausencia en los debates iniciales –probablemente programada–, guardarían sus mejores armas más bien para las discusiones sobre las salidas a la crisis. Sin recato alguno, pretenden ahora usar la crisis para impulsar un nuevo paquete de reformas estructurales neoliberales que prolongue y profundice el proyecto que, justamente con la crisis, ha mostrado sus límites históricos a escala planetaria.

La precarización del trabajo producida por las reformas neoliberales de las últimas décadas ocurrió quebrando el consenso keynesiano de acumulación y los mecanismos de negociación y de concertación con los que éste se pretendió institucionalizar. En Colombia, tal precarización ha sido autoritaria y violenta. En el contexto de la crisis se escuchan voces sobre la necesidad de alentar salidas a la crisis a partir de formas de solidaridad y de cooperación entre el capital y el trabajo para salvar la *producción nacional*, o incluso de un *gran acuerdo nacional*. Así como la derecha busca copar el espectro político para darle continuidad a su proyecto, sectores antaño de izquierda o reformistas buscan ahora afanosamente hacer lo mismo desde las ambiguas posturas del *profundo centro*.

Considerando lo anterior, el presente libro representa una contribución a la *batalla de ideas* que se desarrolla en el país. No es un libro neutro; como no es ninguna producción en el campo de las ciencias sociales. El libro se inscribe dentro del pensamiento crítico y, más específicamente, dentro de la tradición marxista; en él predominan los análisis de economía política, pero no se circunscribe a ellos. Se trata de un esfuerzo por aportar a un mejor entendimiento de la crisis capitalista, así como de sus impactos sobre América Latina y Colombia.

La obra consta de cuatro partes. En la primera, con los trabajos de Robert Brenner, David Harvey, Ricardo Antunes, Renán Vega, Ricardo Sánchez y Nelson Fajardo, se analiza la naturaleza y el carácter de la actual crisis mundial, considerando la tendencia histórica de la acumulación capitalista y sus impactos a escala planetaria; en la segunda, se examina el lugar de América Latina en la crisis y se presentan las tendencias de discusión sobre las salidas a ella, con los textos de Claudio Katz y Julio Gambina. La tercera parte del libro se ocupa de estudiar la crisis colombiana, atendiendo sus especificidades, su articulación con la crisis mundial y algunas propuestas alternativas. A ello contribuyen los trabajos de Jairo Estrada, Daniel Libreros y Libardo Sarmiento, y César Giraldo. En la cuarta y última parte del libro, Beatriz Stolowicz y Walden Bello abordan una dimensión más política del análisis al someter a estudio las estrategias actualmente en juego, formulando la disyuntiva *posliberalismo* o *anticapitalismo*.

Este esfuerzo colectivo no hubiera sido posible de no haberse contado con el apoyo de *Sin Permiso*, proyecto político y cultural de difusión del pensamiento crítico, del cual tomamos los trabajos de Robert Brenner, David Harvey y Walden Bello, de la rápida respuesta de los intelectuales Beatriz Stolowicz en México, Ricardo Antunes en Brasil, Claudio Katz y Julio Gambina en Argentina, así como de Renán Vega, Nelson Fajardo, Libardo Sarmiento, Daniel Libreros, César Giraldo y Ricardo Sánchez en Colombia. A Chucho Gualdrón le debemos el tratamiento editorial de los textos; a Camilo Umaña el diseño de la obra.

Crisis capitalista. Economía, política y movimiento es el primer libro de la *Colección K-Movimiento*, proyecto de *Espacio Crítico – Centro de Estudios* que tiene el propósito de promover y difundir la crítica del capitalismo en nuestro país y de coadyuvar –desde las trincheras del campo intelectual– a la acción política organizada de los trabajadores.

JAIRO ESTRADA ÁLVAREZ

Profesor de la Universidad Nacional de Colombia